

Yo me entiendo

*A veces dudo de mi memoria y me pregunto
si únicamente seré capaz de recordar lo que nunca sucedió*
Carlos Ruiz Zafón

—Alzheimer —informó contundente el médico

— ¿Cómo dijo, doctor? —observó Manuel.

—Sí, Manuel, el diagnóstico está bien claro, los síntomas son concluyentes, tu esposa padece alzheimer... Demencia senil. Es una enfermedad progresiva en la que el aquejado, o aquejada como es el caso, termina por no reconocer a sus seres más queridos, ni sucesos ocurridos recientemente, sin embargo, posiblemente recuerde hechos lejanos.

Al oír aquellas palabras una extraña amalgama de sensaciones se apoderó de Manuel, conmoviéndole. Angustia y desasosiego junto a gozo y entusiasmo a un tiempo. Algo indescriptible que nadie excepto él comprendería.

—Pero Manuel, ¿te alegras? —preguntó el médico, que sorprendido, no pudo contenerse al observar el brillo de sus ojos y cómo aquel rostro parecía irradiar felicidad en lugar de manifestarse abatido y desalentado.

—No, doctor. Bueno... o sí. En fin, yo me entiendo.

Y en verdad que solo él entendía, porque en aquellos precisos instantes Manuel hilvanaba en su cabeza la posibilidad de que Marta, el amor de su vida, su compañera inseparable, su fiel amiga, su esposa, la madre de Marcos, su único hijo, gracias a aquella enfermedad, a partir de ahora quizás viva con el sosiego de unos recuerdos agradables, gratos recuerdos de tiempos felices cuando Marcos, de niño, los

acompañaba a la parcela que tenían en el campo y juntos escuchaban el dulce trino de jilgueros y verderones en los olivares, o el canto de las chicharras en pleno verano cuando la enjundia del sol castigaba los campos. O quizás vuelva a evocar otra vez el borboteo del puchero de barro cociéndose en la lumbre, o los días de matanza que cada año se convertían en una gran fiesta y siempre Marta atenta a que su Marcos no se arrimara en demasía al gran caldero de agua hirviendo colgado de la argolla cuando manipulaba los fuelles y las tenazas. Quizás de nuevo se encuentre con muchachas como ella que regresan de la fuente cargadas de cántaros y botijos llenos de agua fresca, o quizás se siente bajo la parra del patio en las calurosas tardes de verano a remendar pantalones, o a zurcir calcetines o a bordar sus iniciales en una nueva bolsa para el pan hecha de cualquier retal, mientras Marcos ensaya en la pila carreras de barcos que naufragan o batallas entre indios y pistoleros que se ocultan entre la canasta de la ropa y las macetas, ficticias emboscadas que acaban con el enemigo por los suelos. Quizás vuelva a abrir los balcones de la casa para que entre la bonanza del día o a levantarse de madrugada en las noches de invierno para darle vuelta a Marcos y arroparlo, *no sea que se haya destapado, es tan desinquieto*, solía decir, como para justificar aquel acto compulsivo que cada noche la echaba de la cama en busca de su prenda más preciada. O quizás vuelva a asomarse a la puerta y se le pierda la vista calle arriba esperando que Marcos llegue de la escuela, como cuando nada más verlo asomar por la esquina le abría los brazos de par en par para abrazarlo fuerte y tierno a la vez, al tiempo que le gritaba *no corras que vas a caer*, pero deseando tenerlo ya entre sus brazos. Sí, posiblemente se asome a la puerta y mire a lo lejos como esperando, y quizás imagine entre la algazara de niños que juegan en la calle a guardias y ladrones la delgada figura de su Marcos y lo llame a voces para que se tome la merienda, pan con aceite embadurnado de cacao o Nocilla o simplemente de azúcar.

Quizás ahora de nuevo escuche nostálgicas melodías y tararee al unísono compás de la radio cualquier canción que el dial musique, como cuando antaño mientras hacía sábado y en las radios aquellas de cretona sonaba cualquier copla de la Piquer o de otra de las reinas, *Capote de grana y oro*, *Ojos verdes*, *María de la “O”*, *Angelitos negros*, *Dos gardenias...* y otros delirios que eran como la banda sonora de la época.

Sí, posiblemente reviva remotos tiempos pasados, su niñez casi olvidada, su juventud desvanecida como un sueño, su ayer esfumado como un suave soplo compaginando la dura, dulce y gratificante tarea de ser madre con los duros inviernos trabajando en la recolección de la aceituna, contribuyendo así a mejorar, en la medida de lo posible, la precaria situación económica de la casa. Sus seres queridos, muertos ya, ahora de nuevo revividos en su mente enferma.

Las palabras del médico resonaban en sus oídos como un milagro venido del cielo y eran aceptadas por Manuel como una salvación. Solo él sabía todo lo que aquella mujer, su compañera desde hacía un montón de años, había penado desde aquel malogrado accidente de tráfico que de un tajo segó la vida de su hijo, arrancándoles de cuajo lo que más querían, todo lo que querían, lo único que tenían. Tenía solo veintidós años cuando la muerte truncó todas las expectativas y las ilusiones de una vida por vivir. Pero a partir de ahora, posiblemente, pensaba Manuel, ya no vuelva a recordar el amargo recuerdo y de su memoria se borre la fatídica noche en que los avisaron de lo ocurrido, su cuerpo vencido, laxo, bajo una sábana blanca en el arcén de la carretera, su cuerpo reventado, el rostro irreconocible. Tal vez ya no se levante sobresaltada en medio de la noche, entre lamentos, gritos, angustias,

agitaciones, escalofríos y ansiedades. Tal vez ya, de una vez por todas, se hayan terminado para ella las noches preñadas de angustia, los días eternos tumbada boca abajo en una cama que no es la suya, abrazada a una almohada que fue cuna de sueños un día, llorando, esperando que pase el tiempo o que llegue la muerte o tan siquiera el olvido. Tal vez desaparezcan las huellas de un ayer que lacera las entrañas, ese rasgar constante en el estómago como de mil alacranes arañando sin cesar los intestinos, los desvaríos, lamentos y delirios, el sentirse como un carro que ha perdido las riendas, vencida por la desgana, sin anhelos, sin ánimos para comenzar el día, para seguir viviendo, no saber quién eres, qué haces aquí y un solo deseo encerrado en lo más hondo, pensamientos turbios corroyéndole el cerebro que la sumen en un océano de tristeza.

Desde que entró a la consulta, Manuel atenaza entre sus manos una de las manos de su querida Marta, que no ha parado de acariciar. Se pone de pie y se despide casi con jovialidad del doctor, el cual le entrega unas recetas al tiempo que gira levemente la cabeza de un lado a otro como muestra inequívoca de su incomprensión, no dando crédito a lo que está viendo. Posiblemente nunca había presenciado una cosa por el estilo, nadie en su larga experiencia como médico había aceptado semejante noticia tan jovialmente.

Cada día que el tiempo se lo permite Manuel acicala a Marta lo mejor que sabe, la coge de la mano y con el paso apagado y débil se encaminan hacia el parque, donde terminan por sentarse siempre en el mismo banco. Desde allí oyen la algarabía de los niños que están en la escuela. Es la hora del recreo. Hasta los oídos de Marta llegan gritos de niños que juegan, corren, retozan en la tierra. En medio de esas voces

infantiles cree distinguir la voz de Marcos, su Marquitos. Como un acto reflejo quizás se le viene a la cabeza que aún no le ha acercado el bocadillo a la escuela, como hacía cada mañana a la hora del recreo. Ese bocadillo que él devoraba sin dejar un instante de correr. *Así es imposible que le engorde nada de lo que coma*, solía apostillar entre dientes, mientras no dejaba ni un instante de observarlo desde el otro lado de la reja. Se pone de pie e intenta echar a andar. Manuel la sujeta.

—¿Dónde vas Marta? —pregunta Manuel.

—¡Dónde vas!, ¡dónde vas!, dónde voy a ir, a llevarle el bocadillo —contesta Marta, refunfuñando de malos modos.

—No te preocupes, ya se lo he llevado yo —le dice Manuel, al tiempo que la obliga a sentarse de nuevo. Los labios de Manuel amagan dibujar una amarga sonrisa, quién sabe si inferida por el dolor, la compasión o simplemente por una sana envidia, mientras una neblina acuosa que empaña su vista le obliga a sacar del bolsillo del pantalón el pañuelo y restregarse los ojos.

Los días de frío Marta los pasa sentada en la silla baja de anea, al lado de la lumbre, le gusta tanto mirar el fuego, como si pudiera ver más allá de las llamas. Él no se cansa de observar lo que poco a poco va quedando de su Marta, un cuerpecillo minúsculo, finísimo, débil, enfermo por la ausencia, el desconsuelo y la añoranza, ligero, delicado, enjuto, encogido por el efecto de la desgracia, encorvado por el peso de los años, que se va apagando lentamente como la llama de un candil al que le falta el aceite. Sus manos no se hartan de acariciar una calavera blanquecina, nacarada, como nevada por un manso rocío de tiempo blanco, ya sin vida, sin presente, sin futuro. Todo en ella es

pasado, recuerdos esporádicos, evocaciones inconexas, como si el pasado fuese un puzle roto en su cabeza imposible de recomponer.

Y así un día tras otro Marta pasa la vida ajena a su tragedia, ya saca la ropa de Marcos, la hace un montón en el pasillo, la dobla cuidadosamente, la guarda, la saca de nuevo, o se escapa para ir nadie sabe dónde, a por leña, o a pasearse para buscar novio, o a por agua a la fuente, o bien vocea el nombre de su madre, o se enfada con Manuel, le grita, blasfema, lo despacha de casa como al extraño que para ella es, hasta que llega el día en que Marta intenta incorporarse, trata de ponerse en pie, quizás quiera dirigirse a la escuela, llevarle a su Marquitos el pan con aceite y chocolate o con agua y azúcar, pero no consigue moverse.

El gemido del bronce de un incesante doblar de campanas arrambla y asorda el silencio del poblacho, estremeciendo su sosiego, al tiempo que un rumor no para de correr de boca en boca: «*Ha muerto Marta la loca*». Pero a decir verdad Marta murió de tristeza, de ausencia, de soledad, de pena, de impotencia, de añoranza y desconsuelo, aquella nefasta madrugada de otoño en que murió su hijo. Manuel apenas llora la muerte de su esposa, andaba ya tan falto de lágrimas...